

# Reflexión sobre los especialistas operadores de Alerta y Control

FRANCISCO VILAR CAÑAS  
Brigada de Aviación

**S**i afirmo que en nuestro país, ningún médico, psiquiatra, psicólogo, sociólogo, o algún otro especialista en materias similares, ha ahondado en el estudio de los posibles conflictos psicosomáticos que pueden aquejar a los especialistas operadores de alerta y control en pantallas de radar, creo que en poco o en nada me equivoco.

¿Qué ocurre con nosotros?

Si preguntasen a todos y cada uno de los trescientos setenta operadores profesionales de nuestro Ejército del Aire existentes en la Escala, si son o no felices en sus puestos de trabajo, sólo cabría esperar, en un elevadísimo porcentaje, una respuesta afirmativa. Pero estas respuestas, no sólo darían muestra del deseo de posesión de un puesto de trabajo en nuestra sociedad, sino también y sobre todo, de la vocación militar y técnica, que nos ha hecho siempre permanecer al lado de algo que amamos con entrañable calor.

Casi niños, ya nos situamos frente a una pantalla de radar. Aprendimos muy pronto nuestro oficio, no sin antes practicar duramente bajo la tutela de los hoy más antiguos; estudiamos y repasamos enormes volúmenes de técnica aérea, que eran y son actualizados cada cierto tiempo; exámenes, evaluaciones y toda clase de ejercicios reales y simulados... También aprendimos a permanecer en nuestros puestos sin desmayo, soportando estoicamente las bajas temperaturas de la Sala de Operaciones, necesarias por otro la-



do para el buen funcionamiento de los sofisticados circuitos de pantallas y ordenadores, durante el día o la noche, festivos o laborables, cualquiera que fuera la festividad. Siempre en los mismos destinos (los más altos picos de las montañas de nuestra geografía); siempre en una Sala en penumbra; siempre realizando con la máxima precisión la labor de detección, identificación e interceptación (si fuere necesario) de cualquier avión que intentase penetrar en el Espacio Aéreo Español.

En fin, un muy sacrificado trabajo, que por cariño a él olvidamos plenamente que lo es.

Transcurre el tiempo, cinco, diez, veinte, treinta años... y el operador continúa con su trabajo técnico que, unido íntimamente al de su constante formación militar, hace posible que el sosiego impere durante la veint-

ticuatro horas del día en los hogares de todos los españoles, pudiendo así entregarse sin temor a sus quehaceres cotidianos o al merecido descanso, con plena confianza de que ninguna amenaza exterior vaya a enturbiarlos.

Es muy posible que, pasado este tiempo, si nos volviera a hacer de nuevo la pregunta inicial, las respuestas fuesen las mismas, porque nuestras vidas han estado siempre, voluntariamente, dedicadas al sostenimiento de la paz en nuestra Nación, para que nadie pueda opinar por nosotros y para que nada pueda oscurecer el recto camino que llevamos.

Hagamos ahora una pausa sobre estos demostrables valores y tratemos de analizar al operador desde otro punto de vista, enfrentándonos a otra realidad, más sumergida, pero que en este caso sería hasta cruel.

¿Es posible que una persona pueda continuar ejerciendo este tipo de trabajo, con toda su dureza física y con toda la carga emocional que conlleva, durante quince, veinte o treinta años?

Cualquier estudioso del tema daría una rotunda respuesta negativa. Durante estos largos períodos de tiempo, los operadores, amén de no tener opción más que a ocho o diez destinos, todos con las mismas características y siempre situados en "picos", realizamos un promedio del orden de seis o siete misiones programadas y otras tantas no programadas diarias, con aviones de nuestras Fuerzas Aéreas, de aproximadamente hora y media de duración cada una; las mismas se realizan con simuladores, normal-

mente durante la noche; dos ejercicios simulados semanales que se prolongan hasta las cuatro horas, y uno o dos ejercicios reales mensuales con aviones propios y de otros países extranjeros, normalmente estadounidenses, franceses y portugueses, donde participa, al menos, uno de los tres equipos de trabajo de operadores al completo. Es impresionante ver este trabajo. Se inicia la jornada con un Briefing (conferencia sobre lo que se va a hacer), e inmediatamente con una coordinación increíble, pasa cada operador al puesto asignado. Transcurridas unas horas, los relevos en las distintas posiciones se efectúan con absoluta tranquilidad, a pesar de que el cansancio mental va ya haciendo mella en sus personas. Ni una queja, ni el más leve desdén por la cuantía de sus responsabilidades; ¡nada!; todo es orden, pulcritud en sus obligaciones y deseo inalterable de superación.

Los fallos del operador son de muy escasa importancia, según los análisis finales al término de cada ejercicio, a pesar de su delicadísima tarea, por lo que podemos asegurar que nuestra profesionalidad está bien demostrada y reconocida. Pero..., insisto, ¿pueden el cuerpo y la mente de un hombre ser capaces de soportar esa agobiante tensión a que están siendo sometidos, durante ese larguísimo período de tiempo sin que se observe daño en ellos?

Quizás algunos, profanos en el tema, piensen que este trabajo es, como otros, sólo pura rutina; sin em-

bargo, ¡nada más lejos de la realidad!

Todos los operadores sabemos que, para iniciar una misión hay que, primero asistir al Briefing; colocarse después junto al oficial controlador, con bolígrafo en ristre, ante la misma pantalla; tomar los mismos formatos de siempre; ponerse los auriculares; comprobar las frecuencias..., pero, desde luego, lo que sabemos con más exactitud, es que no podemos alejar nuestro pensamiento de lo que estamos realizando; que la concentración ha de ser total, sin excusa alguna que pueda justificar el menor error; que ante el enorme teclado de una pantalla, que todos los días vemos y tocamos cientos de veces, sabemos por la experiencia adquirida con los años, que no se pueden pulsar de la misma forma que el día anterior, que todo va a ser diferente en cuanto a su desarrollo. Son otros aviones, con características de vuelo diferentes; es otro tipo de misión; con otras condiciones atmosféricas... Y nosotros, ¡no podemos permitirnos el fallo!, ni tan siquiera confiarnos por esos enormes conocimientos adquiridos a través del tiempo, que podría hacer rutinario nuestro trabajo. Sabemos que todo cuanto acontezca hoy, o casi todo, va a ser nuevo, aún a pesar de la veteranía, y que nada tendrá que ver con las misiones realizadas, con éxito, ayer.

Por todo esto, cada día y aunque no nos demos cuenta, la visión irá quedándose paulatinamente en el gran círculo donde se reflejan los aviones; los oídos perderán paulatina-

mente intensidad de audición; la tensión emocional subirá hasta límites insospechados, y los latidos del corazón se sentirán con más fuerza en muchos momentos.

Pineso y creo necesario, que en la actualidad y bajo los auspicios de un notable crecimiento de nuevas técnicas y de jóvenes hombres de nuestra sociedad bien preparados culturalmente, bien pudiera ampliarse el escaso número de operadores que actualmente existe, para así no continuar durante tantísimo tiempo, sometidos, aún voluntariamente, al forcejeo constante entre la dureza del trabajo y el deseo unánime de los operadores de permanecer en él.

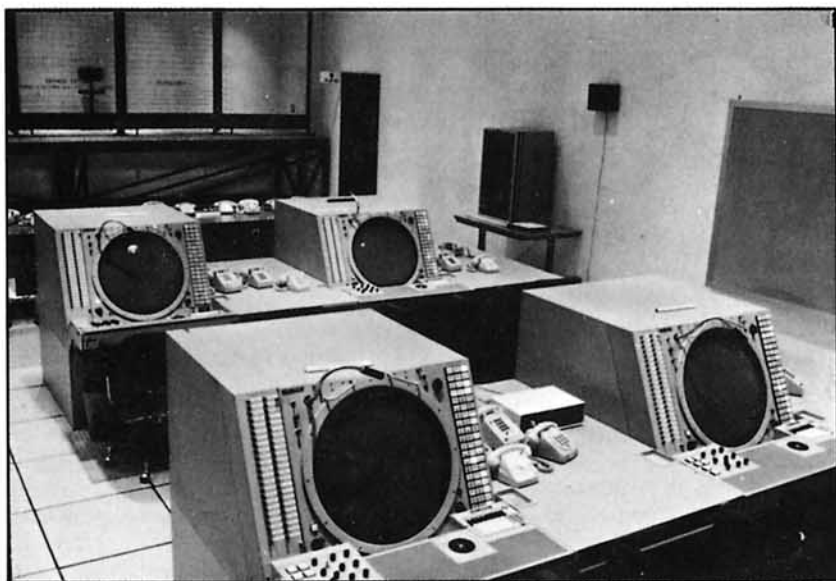
He tenido la oportunidad de hablar durante mi estancia en "picos", con algunos compañeros de la misma especialidad del Ejército Norteamericano. Dicen que es muy rara su permanencia en una Sala de Operaciones por un tiempo superior a cinco años, y señalan que una vez finalizado este duro período son relevados por nuevos compañeros, pasando ellos a ocupar puestos más acordes con sus edades, normalmente burocráticos.

Considero que el binomio militar-técnico que conjuga el especialista operador de alerta y control en pantallas de radar, y la experiencia y conocimientos adquiridos a través de sus muchos años de servicio, no deberían perderse nunca por el sólo hecho de aparecer en él alguna anomalía psicofísica, procedente en la mayor parte de los casos del radar, que le impida realizar su labor técnica. Antes bien, podría ser de mucha utilidad en múltiples servicios igualmente importantes para el buen funcionamiento de nuestras unidades.

De todas maneras, supongo, que algún día y aunque nuestros deseos sean lo opuesto, por ese especial cariño que le tenemos a nuestra profesión, alguien en nuestro Ejército o en nuestra sociedad demuestre sin reservas que es totalmente imposible para un ser humano arrastrar durante cuarenta años esa constante exaltación de nuestro cuerpo y de nuestra mente.

Empero, ¡lo dimos todo, lo damos todo y seguiremos dándolo todo!

¡Son unos superespecialistas! Esta sentida frase la oí no hace mucho, de un querido Jefe de nuestro Ejército del Aire, que ha convivido con nosotros durante veinte años y al que, desde aquí, agradezco tan elogiosas palabras. ■



Pantallas de Radar ubicadas en la Sala de Operaciones (C.O.C.).